

Distribución gratuita
5.000 ejemplares
Callao 360, CABA - Tel: +54 9 11 5935-0377
Editor responsable: Pablo Bruetman
ISSN: 2 525-1260
RNPI 2022-80635641

Citrica

Año 12 Número 112 Edición Mayo 2023
Cooperativa Ex Trabajadores de Crítica Ltda.
citricarevista@gmail.com
www.revistacitrica.com

el arte Todo Locura.

NILDA SINDACO + MARUJA BUSTAMENTE
JARDINES DEL BORDA, A 10 AÑOS DE LA REPRESIÓN

Crece gracias a tus aportes.

Sumate a la comunidad *Citrica*

Entra a www.revistacitrica.com y elegí la suma de dinero que desees.

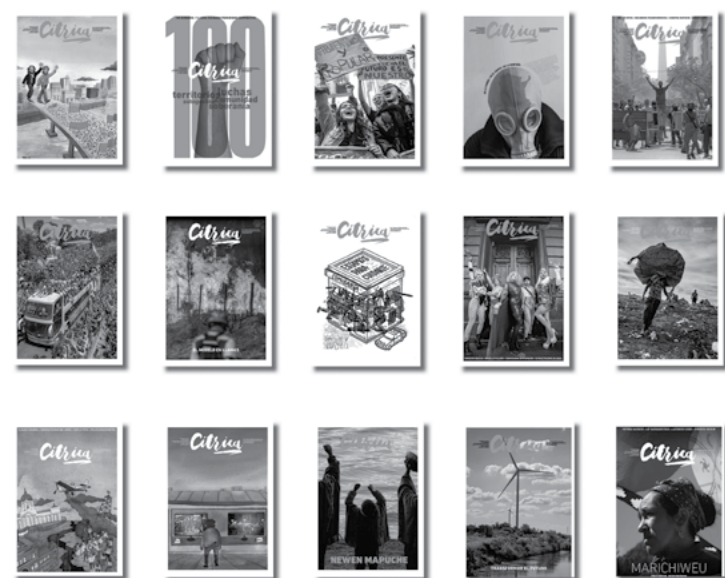
¿Por qué y para qué suscribirse?

Para ser parte de nuestra comunidad, integrada por diferentes comunicadoras, comunicadores y medios autogestivos de todo el país.

Para acercar noticias y proponer temas que no aparecen en los “grandes” medios.

Para que te llevemos esta edición impresa a tu casa, y para que puedas acceder a libros, eventos culturales y descuentos en restaurantes cooperativos y comercios agroecológicos.

Para que hagamos más de lo que falta: periodismo. Y desde el territorio.



Escribinos  1159350377

Suscribite a Revista Citrica:



La otra cara de la crisis habitacional

Lo dice Nilda Sindaco, una de las revelaciones actorales del año por su papel de Betty en la serie División Palermo: “En el Moyano quiero estar porque estar afuera es difícil. Es un poco cuestión de plata. Es muy difícil alquilar, mantenerse. Estoy acá por mi voluntad, es una internación voluntaria, pero no puede ser para siempre, ni tampoco quiero. Esto no es una casa, es un loquero. Casi todas terminamos volviendo al neuropsiquiátrico y eso no está bien, deberíamos poder tener una casa, empezar de nuevo, una vida en armonía, sería parte de la recuperación, pero es imposible. La mayoría de las que están acá, están porque no tienen a dónde ir a vivir. Porque el alquiler es caro, porque no tienen familia, o porque no es fácil que la sociedad te dé una oportunidad después de estar internada. Hay mucha estigmatización con la locura y los problemas de salud mental”.

También lo cuenta Gabriela Sánchez, delegada de ATE en el Hospital Borda: “Si vos salís después de tres años, vas a una entrevista laboral y decís que estuviste internado en el Borda, te puedo asegurar que no te llaman. A veces le echamos la culpa al Borda o al encierro, pero hay una sociedad que no responde”.

Todo se da en una ciudad con 160 mil casas vacías, sin acceso a créditos hipotecarios y el precio de los alquileres por las nubes. Y con salarios que, como en todo el país, están pulverizados y no alcanzan para pagar una canasta mínima.

Ante esta realidad, muchas personas que tuvieron o tienen algún problema de salud mental, encuentran en los hospitales neuropsiquiátricos al menos un lugar donde dormir o comer. Es un fenómeno que crece en medio de otros fenómenos que le dan dimensión a esta crisis múltiple, que se evidencia en empleo que no te saca de la pobreza, vivienda inaccesible y alimentación deficiente.

Esa crisis también llega ahí, a los lugares destinados al tratamiento de la salud mental. Lugares que para muchas personas se convierten en refugios.

NILDA SINDACO (BETTY DE DIVISIÓN PALERMO)

“Lo que más quiero en la vida es vivir de la actuación”

LA ACTRIZ Y REVELACIÓN DE LA SERIE NOS CUENTA SUS INICIOS EN EL TEATRO INDEPENDIENTE, SU PASO POR LOS TALLERES DE VARIOS NEUROPSIQUIÁTRICOS Y SU LLEGADA A LA PANTALLA DE NETFLIX. LA SALUD MENTAL Y EL ARTE COMO RESPUESTA EN EL ENCIERRO.

Por Mariana Aquino / Fotos: Agustina Salinas

El ladrido del perro del pabellón ante la presencia de intrusos altera a alguna de ellas. Otras, indolentes, siguen en la suya. El perro ladra cada vez más, desesperado, como indignado de que no comprendan su advertencia, reclama atención. Los chicos de mantenimiento del Hospital Neuropsiquiátrico Braulio Moyano, los intrusos en el Pinel A, siguen con su tarea: arreglar un cable que parece en cortocircuito desde la mañana.

A Nilda, los ladridos del perro ahora le joden. También le jode la compañera que muestra insistentemente sus nuevas ojotas a la visita (nosotras): ‘¿Te gustan? Son rosas’, repite como un mantra. A Nilda le jode su compañera ahora, pero no dice nada. Baja la cabeza y espera el deseado sonido ambiente para seguir con su historia. Mientras espera, acaricia el paquete de puchos que tiene en la mano; lo mira, lo abre y se decide: agarra uno.

—¿Les molesta? —pregunta mientras señala el paquete.

—No —decimos. Lo prende, pita y mastica el humo que tarda en salir, con ese gesto de fumadora experimentada.

—Desde los 16 fumo. Ahora dejé un poco porque tengo Eloc, pero no es fácil dejar. ¿Seguimos? —pregunta ella, imperativa.

Empezamos.

Nilda Sindaco es actriz desde chica, estudió en el conservatorio y subió al escenario independiente y cooperativo desde sus inicios: “Con el teatro siempre puse, nunca gané un mango”, confiesa. A Nilda la fama le llegó ahora, con División Palermo, la serie que dirige, produce y protagoniza Santiago Korovsky. Ella reconoce que solo vio 4 de los 9 capítulos porque le gusta actuar pero no verse en pantalla. Nilda no tiene redes sociales y se enteró de las buenas críticas gracias a sus compañerxs de elenco.

“Como no tengo acceso a redes, no estoy enterada. Me lo cuenta mi sobrina, que está chocha con lo que ve, y me lo cuenta Santiago (Korovsky). Me sorprendí mucho. Me hizo bien saber que mi trabajo gustó. Si la gente dice que estuve bien y divertida, yo le creo, pero no veo nada.”

—¿Sos muy exigente o no te gustan las cámaras?

—Para nada. En el documental Salir a Escena me enfrenté por primera vez a una cámara y estuve bien. Se enciende una cámara y me olvido de todo, me pongo en personaje. No me asusta



la cámara ni estoy pendiente. A mí no me gusta verme, es cierto, me veo mal. Soy mi peor crítica. Cuando salí de la proyección privada que se hizo de la serie yo protestaba, y todos trataban de convencerme de que estuve bien y yo decía: ‘es un desastre’. Al día siguiente del estreno en Netflix me llegaron las opiniones sobre mi personaje y ahí me la empecé a creer un poco. Me gusta producir pero no verme. Actuar es lo que más me gusta.

—¿Cómo fueron tus inicios en el teatro?

—Mi historia con el teatro es muy especial porque siempre puse plata, nunca gané un peso. En el conservatorio son muy exquisitos y nombrar la televisión es un pecado. No podías trabajar en televisión, era una mancha para una actriz de conservatorio. Así que hice otro recorrido. Desde que me fui del conservatorio, hice una asistencia de dirección y después de actriz en teatro. Hice muchas obras, siempre de forma cooperativa, que es la forma que generalmente funciona en el independiente. Hice teatro clásico, más moderno. Hay dos obras que dirigí: Juegos sin fin en el Teatro del Pueblo y ya en los 90 El Pirata, en Liberarte.

El teatro es lindo, es donde la actriz se luce. Es emocionante entrar al teatro y ver-sentir al público. Yo empiezo a actuar y me olvido de todo. Lo que más me gusta es el teatro, pero ahora me gusta también la pantalla. Le tomé el gustito.

—¿A la pantalla o a la fama?

—La fama (risas).

—Sos una de las protagonistas del documental Salir a Escena, que si bien tiene varios años, se proyectó recientemente en la Legislatura porteña para concientizar sobre la salud mental y el rol del Estado respecto al cumplimiento de la ley. ¿Cómo fue trabajar nuevamente con Korovsky, ahora en División Palermo?

—Y a Santi le agradezco que haya creído en mí, desde el primer momento. No siempre se puede esperar mis tiempos y él los esperó. Hace tan-

tos años que lo conozco, desde el viaje a Mar del Plata, donde fuimos con el grupo de teatro del Borda. En División Palermo él pensó en mí para el personaje de Betty, pero ojo que yo tuve que hacer un casting, pasar pruebas, y quedé. Santiago pensó en mí, pero el personaje me lo gané yo.

Es más, discutimos porque cuando yo leí el libro me encantó, pero le decía: ‘Me diste un personajito’. Y él se enojaba: ‘¿Cómo personajito? El tuyo es un personajón’. Y él tenía razón. Le hinché tanto las pelotas para que me diera más texto.... Mucho texto le metí yo, improvisaba. Yo soy de respetar la letra, pero como sentía que tenía poca, improvisaba.... Y ellos me dejaron. Es un gran equipo.

—¿Cómo fue el rodaje de División Palermo? ¿Cómo te llevabas con el elenco y todo el equipo?

—Estupendo. Son todos maravillosos y la producción se portó muy bien conmigo. Una vuelta me torcí la rodilla e iba a grabar renga. Me llevaban en silla de rueda por el estudio y cuando tenía que actuar me paraba y hacía lo mío.

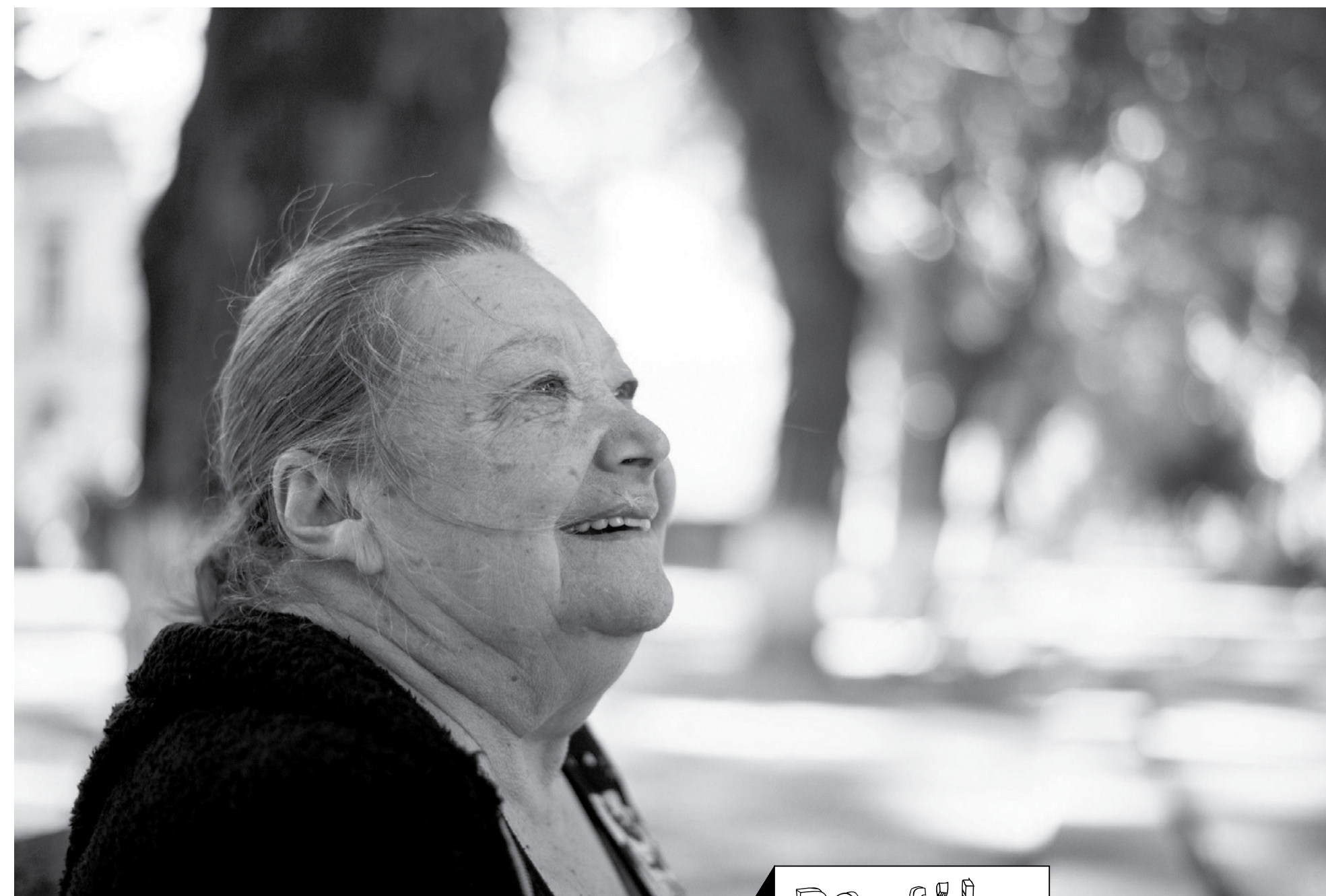
—¿Cómo fue participar del taller de teatro del Borda, tenés el reconocimiento de tantas personas y hasta haber protagonizado el documental Salir a Escena?

—Maravilloso, viví momentos hermosos, pero ya no participo de ninguno. Le tengo fobia a hacer teatro en los hospitales. Porque yo hice teatro toda mi vida, desde chica, estudié en la Escuela Nacional de Artes Dramáticas, hice siempre teatro independiente, siempre sin penas ni gloria, y lo que hice nunca trascendió. Es difícil hacerlo desde el teatro independiente. Después entré al Borda, y ahí me enganché en el grupo de teatro, pero ya está. Yo siempre hice teatro. Me gusta actuar. Hacer humor, drama, y cualquier cosa que surja. A mí me gusta actuar. Pase a ser el genio del locuero pero ya no me interesa hacer teatro acá.

En el Borda hay poca gente en el servicio de mujeres, en esa época éramos 5, y es un servicio de lujo. Los médicos son de lo mejor. Estar internada me ayudó. Por eso volví, pero llega un momento en el que no aguanto, me quiero ir. Ayuda estar acá, es lo que dice el documental. El problema es cuando estás afuera.

—Contanos de tu relación con los neuropsiquiátricos...

—En el Borda estuve un año y después estuve 10 años afuera. Pasaron cosas y volví a caer. Me tuve que internar acá en el Moyano, donde estuve tres años, hice teatro con el grupo en Mar del Pla-



“Yo empiezo a actuar y me olvido de todo”

Perfil

Sobre Nilda Sindaco
Estudió en el Conservatorio y siempre trabajó en teatro y cine independiente. Dirigió las obras Juegos sin fin (en el Teatro del Pueblo) y El Pirata (en Liberarte). Integró el grupo de teatro Mar del Plata y protagonizó el documental Salir a escena, dirigido por Santiago Korovsky y galardonado con 11 premios nacionales e internacionales. Fue Korovsky quien la convocó para que integrara el elenco de División Palermo, la serie de Netflix que es un éxito en este 2023.

ta y tantas cosas. Después me fui, estuve 10 años externada y volví a caer. Salí hace dos años, hice la serie lo más bien y me agarró ELOC después de la serie. Me deprimí mucho, y al deprimirme tanto, sentí que tenía que internarme de nuevo. Y acá estoy. Y no es fácil mantener una carrera así porque estando acá perdí oportunidades de trabajo. Por ejemplo, me llamaron para participar en una película, pero no pude ir por temas de salud y no me volvieron a llamar.

No me quejo eh, porque acá tenemos buena atención. Esto no es como ustedes piensan. No es la idea que se tiene de los neuropsiquiátricos. Yo sé que se piensa que nos tratan mal, que estamos todo el día dopadas. No es así. O será que siempre estuve en servicios piolas. Cuando estuve internada en el hospital de noche, podía salir todo el día. Me iba a vender rosarios a la plaza Dorrego, vendía por las mesas. La pasaba bien. Imaginate que le vendía a los turistas a 150 pesos un rosario que me salía un peso con veinte centavos. Aprovechaba que a ellos les parecía barato. Después me cansé y no quise vender más. Es linda la calle. Estoy bien acá ahora, pero ya sé que dentro de poco me tengo que ir.

—La crisis habitacional es un tema importante para las personas que están en un neuropsiquiátrico. ¿Son muchas las que se quedan acá porque no tienen dónde ir?

—Sin dudas. Me pasa un poco a mí. Acá quiero estar porque estar afuera es difícil. Es un poco cuestión de plata. Es muy difícil alquilar, mante-

nerse. Estoy acá por mi voluntad, es una internación voluntaria, pero no puede ser para siempre, ni tampoco quiero. Esto no es una casa, es un locuero...

Casi todas terminamos volviendo al neuropsiquiátrico y eso no está bien, deberíamos poder tener una casa, empezar de nuevo, una vida en armonía, sería parte de la recuperación, pero es imposible. La mayoría de las que están acá, están porque no tienen a dónde ir a vivir. Porque el alquiler es caro, porque no tienen familia, o porque no es fácil que la sociedad te dé una oportunidad después de estar internada. Hay mucha estigmatización con la locura y los problemas de salud

—Si tuvieras que pedir un deseo, no importa qué tan imposible resulta... ¿cuál sería?

—Me gustaría poder alquilar un departamento, vivir sola y tranquila, pero es difícil. No hay concientización del Estado para las personas con problemas de salud mental. Y lo que más quiero en la vida es vivir de la actuación.

—¿Cómo recibe la sociedad a una persona que

pasó por un neuropsiquiátrico?

—Yo generalmente no digo que estuve internada, y como a mí no se me nota tanto pasó desapercibida. Creo que no hay que decirlo. A veces lo digo y la gente me contesta: ‘Debe ser terrible estar ahí adentro’. Tienen una idea errónea. No es tan terrible. Entiendo igual porque a mí cuando entré por primera vez al Borda me pareció terrible, después ya me adapté.

—¿Y qué más? Pregunten, hablen ustedes. Al final yo estoy contando todo y ustedes no me dicen nada. Cuánta historia, ¡Vieron!

Nilda sonríe de costado, como afirmando que sí, tremenda historia trae a cuestras. Sonríe, y nosotras sonreímos también.

“Ahora sí podemos hacer unas fotos. Pero no me las muestren, eh. Sacame la foto y listo. Yo no quiero ver”. Y ahí vamos caminando por ese oasis arbolado dentro de una ciudad cada vez más en furia. En el parque del Neuropsiquiátrico Moyano, donde muchas están porque no les queda otra, porque no tienen adónde ir, porque el afuera es áspero, caro y cruel, le sacamos unas fotos a Nilda Sindaco. Unas fotos que no quiere ver. ☺

“La salud mental es tabú, si decís que estás medicada te tachan”

ACTRIZ, DRAMATURGA Y ARTISTA MULTIFACÉTICA, MARUJA BUSTAMANTE ESCRIBIÓ Y ACTÚA UNA OBRA QUE ABORDA SUS PADECIMIENTOS PSICOLÓGICOS. UNA CONVERSACIÓN EN PROFUNDIDAD SOBRE LA DOBLE MORAL DEL AMBIENTE TEATRAL, LA DISCRIMINACIÓN HACIA LAS CORPORALIDADES NO HEGEMÓNICAS Y LA ESCASEZ DE TRAMAS CON PROTAGONISTAS GORDAS.

Por Estefanía Santoro / Fotos: Agustina Salinas

Maruja Bustamante es una artista multifacética imposible de encajar. Actriz de cine, teatro y televisión, performer, escenógrafa, guionista, directora, dramaturga y docente en la Escuela Municipal de Arte Dramático (EMAD), donde dicta Taller de Dramaturgia, espacio que antes de jubilarse ocupaba el histórico Mauricio Kartun.

Desde que arrancó a actuar, a los ocho años, no ha parado. Hoy Maruja está terminando de filmar una película en la cual las protagonistas son una reina y una princesa gordas, con la presencia de otras corporalidades no hegemónicas. El estreno será en una nueva edición del Festival Asterisco. También dirige “Alicia por el momento”, que se podrá ver en Timbre 4 (México 3554, CABA) los lunes de mayo y junio a las 21, y está a punto de estrenar otras tres obras: “Adiós, cyborg, amor”, de Belén Gatti, y las dos restantes de su autoría (“Chacha San Pietro” y “Potencia Gutiérrez”).

Uno de sus mayores desafíos recientes fue escribir y actuar “La casa oscura. Un documental sobre la salud mental”, que se estrenó en 2021, giró por distintos escenarios y se presentará en Caras y Caretas (Sarmiento 2037, CABA) el miércoles 19 de abril. Con una larga trayectoria arriba de los escenarios, asegura que no fue fácil llevar al teatro un tema que continúa siendo motivo de estigmatización y discriminación hacia quienes son diagnosticadas.

—¿Cómo surgió hacer “La casa oscura”?

—Hace varios años que quería hacer algo así y me costaba porque el tema es muy tabú y, además, para cualquier cosa que quieras hacer, si decís que estás medicada, te tachan. De mí han dicho ‘ojo que Maruja está medio loca, entonces mejor que no venga’, cuando, en realidad, todo el mundo se medica. Traté de hacer cosas sobre salud mental, pero todo lo que se me ocurría me parecía una porquería, hasta que un día me llamó Mariela Asensio y me dijo ‘Maruja fui al psiquiatra y me diagnosticaron TOC’. A ella la conozco desde los 20 años, somos colegas que siempre nos encontramos porque tenemos intereses similares. Me lo contó porque una vez me escuchó hablar de lo que me había pasado. En 2012 tuve un surmenaje con ataques de pánico, visiones y casi me internan. Me costó 10 años ver cómo hablar de

eso y la recuperación fue un montón. Ella tiene TOC nivel Dios, de los que cierra la puerta 70 veces y me dijo que se sentía muy mal. Quería hacer una obra y que yo la acompañe, porque sentía que sola no iba a poder. La obra trata de nuestros diagnósticos y de cómo hicimos o cómo hacemos para sobrellevarlos, en tono de comedia. Es un show documental sobre la salud mental porque tiene un tono cómico, también tiene momentos tristes, pero depende, hay gente que va y llora todo el tiempo porque se siente muy identificada. Hablamos de los tratamientos, de la familia, del trabajo, porque lo que tiene la salud mental es que de repente atraviesa toda tu vida y tenés que ver cómo convivir con el mundo y con eso que te está pasando.

—Y también convivir con personas que no entienden lo que te pasa.

—Claro, a mí me han dicho “con Maruja no porque le agarra eso que le agarra y no puede hacer nada”. Yo tenía muchos pánicos, entonces de repente quedaba paralizada y se me estigmatizaba. Llegué a tener pánico escénico, eso fue lo más triste que me pasó. Llegaba al teatro y no podía salir al escenario. CANCELÉ funciones, entonces obviamente me odiaban y todos decían ¿qué le pasa? Durante la pandemia varios de esos que hablaban de mí tuvieron un ataque de pánico, no querían salir de la casa y me llamaban pidiendo perdón. ‘Maruja yo hablé muy mal de vos en ese momento, no entendía qué te pasaba’, me dijo una colega. Lástima que primero tuvo que pasarle para que se diera cuenta. Si hubiese más información no pasaría eso. Como docente pienso que por suerte estoy yo, porque otro profesor a mis alumnos con esos episodios los hubiese dejado libres.

—Imagino que, por lo poco que se trata la temática de la salud mental, tuvo buena recepción la obra.

—Sí, es muy fuerte todo lo que nos pasó. Un día vino de incógnito Carla Vizzotti, la ministra de Salud. Cuando terminó la obra dijo que nos quería saludar, nos dio un abrazo y me dijo: “Te quiero pedir disculpas porque el sistema médico no te supo contener”, porque en un momento en la obra me quejo de eso. Yo veía que alguien lloraba mal en primera fila, pero no sabía que era ella. Ahora nos lleva a congresos de salud mental en el país para que mostremos la obra a profesionales, directores de hospitales, jueces. Yo pensaba “hagamos esta obra para sacarnos todo y si ayudamos a una persona ya soy feliz”, pero después me di cuenta que estamos ayudando a

muchas personas con esta obra. También hacerla lo sentimos como una responsabilidad. Una vez vino una mamá con su hija que estaba teniendo muchos pánicos. Cuando salió la chica lloraba y me preguntó “¿te puedo abrazar?”, la abracé y me dijo “¿me decís algo?”. Y le dije “vas a salir, por lo menos es lo que me pasó a mí, salís sí o sí”. Me decía “gracias” y lloraba, fue muy fuerte. No podemos salir haciéndonos las divas, muchas personas nos esperan y nos quieren abrazar.

Trayectoria en movimiento

A los seis años Maruja empezó danza y a los ocho le dijo a su mamá que quería ser actriz. Empezó con talleres de actuación en la Asociación Cristiana de Jóvenes, donde iba a nadar, porque su mamá no conocía otros espacios de teatro. Por una de esas suertes de la vida, Maruja vivía en el mismo edificio que la actriz y dramaturga Ana María Giunta y a la mamá de Maruja se le ocurrió preguntarle dónde podía llevarla. Giunta le recomendó que estudiara en el Instituto Vocacional de Arte Manuel José de Labardén y al año siguiente ya había ingresado; también pasó por el Club del Teatro. Luego se formó con Helena Trittek, su maestra de actuación, y también con Graciela Dufau y Ricardo Bartís.

A los 22, una amiga le recomendó hacer un casting para una obra de José María Muscari que se llamaba “Catch”: “Entré a ‘Catch’ después de una audición en Parque Chacabuco que fue muy feroz y había un montón de pibas. Esa fue la primera obra que hice con Muscari; hice cuatro más con él, eran sus primeras obras”, recuerda Maruja.

A los 25, ya había estrenado su primera obra como autora y directora, a la que llamó “No mires sin Mirta”. Cuatro años antes había debutado como directora en Teatro por la Identidad con la obra “Fronterizos”; sus compañeros le pidieron que la dirigiera. “Helena Trittek siempre me decía ‘vos dirigí porque se te ocurren cosas’. Naturalmente siempre les decía a los actores ‘ponete esto, hacé lo otro’. Helena y su hijo Hugo empezaron a estimularme para que dirigiera. En un momento, cuando estábamos haciendo unos cuentos de Silvina Ocampo en bibliotecas de la Ciudad, Helena se fue de viaje y nos dijo a todo el grupo ‘me voy a ir, pero les dejo a Maruja como directora’. Ésa fue la segunda obra que dirigí y la llamé ‘Si no vuelvo no te asustes’; la hicimos en la fábrica IMPA”.

En paralelo, Maruja estudiaba Comunicación social en la UBA. Llegó a la mitad de la carrera, hasta que un profesor de la materia Taller de co-

municación audiovisual le dijo “¿Qué haces estudiando esto?”. Dejó la UBA y entró a la FUC a estudiar cine, mientras seguía haciendo teatro. Estudió montaje, pero lo que más le gustaba era escribir guiones. Intentó ingresar a la Escuela Metropolitana de Arte Dramático, no lo logró y se puso a estudiar de nuevo. Volvió a rendir, entró y cursó una maestría en Dramaturgia en la Universidad Nacional de las Artes.

Maruja es de esas artistas que está en formación constante. Ahora estudia en el laboratorio de Lyon y el año pasado cursó el Programa de Cine de la Universidad Torcuato Di Tella. Hizo, además, talleres de poesía y de canciones con Tommy Lebrero y con Rosario Bléfari. Pinta hace 12 años y aunque reconoce que dibuja mal, en la pintura encontró mucha tranquilidad. Fue una de las seleccionadas para realizar la residencia del Royal Court Theater de Londres que se hizo en Latinoamérica, un programa en el que participaron profesionales dramaturgos de Argentina, Uruguay y Chile.

Gordofobia en escena

Maruja apenas supera los 40 años y su trayectoria actoral alcanza las tres cifras. Participó en más de 110 obras, actuó en tv, cine y teatro, pero su universo profesional no termina ahí. Es una de las referencias ineludibles de la dramaturgia contemporánea en el teatro argentino, un espacio que tradicionalmente han ocupado los hombres.

Maruja viene a romper no sólo con una estructura patriarcal, sino que además cuestiona los estereotipos corporales en escena: ¿qué lugar tienen los cuerpos gordos en la ficción?, ¿qué personajes les están vedados arriba de un escenario? En un ambiente donde parece que todo es aceptado, por las ranuras de las tablas de madera se cuele la misma gordofobia que reina en la sociedad.

—¿Cómo fue hacer teatro durante tu adolescencia, qué te pasaba con tu corporalidad?

—En el teatro siempre hubo y sigue habiendo una doble moral, es como que todos nos aceptamos como somos, hay algo de eso que nadie va a negarlo, pero después en las obras no hay representatividad, eso lo viví siempre. En la adolescencia me daba terror hacer castings, pensaba ‘no voy a quedar’, además mi papá me decía que perdía el tiempo, porque era una gorda asquerosa. Yo un poco luchaba con eso y quise buscar contención con mis profesores, uno me dijo ‘vos tenés que aspirar a hacer comedia y personajitos con ese cuerpo que tenés, porque no te van a dar oportunidad de hacer otra cosa’. Era duro que me dijera eso porque cuando estudiás, estudiás como todes, todo, o sea, estudiás para hacer de Julieta, por dar un ejemplo.

—¿Qué lugar tienen los cuerpos gordos en la ficción?

—Hace unos años vengo analizando que lo peor que nos pasa a las corporalidades diferentes, sea cual sea —yo soy gorda, pero también a

les afrodescendientes o quien sea—, es que no incidimos en la acción de los relatos, siempre estamos satélites y somos prescindibles en las historias. Lo importante de una obra es la acción, que le pase algo a los personajes, y a esos personajes no nos pasa nada. Es algo fuerte que se traduce y que viene de la sociedad. Vas a hacer de cocinera, no importa si cocinas o no. Ahora últimamente lo que nos pasa es solo eso, ser gorda. Te pasa que si sos gorda nadie te quiere, si sos judía tenés un montón de conflictos con el judaísmo, no tenés nada que resolver, el personaje no tiene ningún camino que recorrer, entonces es aburrido actuar. Yo hice de mucama incontadas veces.

—¿Qué otros papeles te daban?

—Hice de secretaria, recepcionista, cajera, también hice de friki, de gorda loca como digo yo. Estoy hablando en el audiovisual comercial. No me tocó mucho la gorda simpática porque tengo un tono medio oscuro, me parece, pero está ese arquetipo: me toca más la gorda que rompe cosas, mala, resentida y también hay una zona donde me hacen hacer de tierna y medio tonta. En el teatro he protagonizado algunas obras como, por ejemplo, “Todo tendría sentido si no existiría la muerte”, que hice con Mariano Tenconi; me va a odiar por decir esto, pero él me dijo ‘te la escribí para vos porque para mí vos sos Liliana’. Yo me emocioné un montón, es muy halagador que te escriban una obra y le tengo mucho aprecio a Mariano, pero Liliana, el personaje que hacía, era francamente gorda. Cómo se vestía, un poco medio

película porno. Están todos haciendo la película porno menos la gorda. Cuando se lo señalé a Mariano le dije “es inconsciente lo que te pasa, Mariano, no vas a poner a la gorda a coger”. Es rarísimo, no pasa porque también nos anían.

—¿Creés que eso cambiaría si la persona que escribe o dirige esa obra tiene una corporalidad no hegemónica?

—Yo pasé por eso y hay que deconstruirse también. Hoy en día pongo corporalidades que me identifican, de hecho, ahora voy a estrenar en el Cervantes una obra que se llama “Potencia Gutiérrez” y uno de los personajes es Serena, que es la hermana de la bastonera del carnaval, que es como la diosa, reina. Ella es gorda, rapera y no le importa nada del carnaval ni los estándares de belleza. Es hermosa, tiene un enamorado y no sabe qué hacer con él. Tiene mucha acción en la obra, le pasan un montón de cosas, está sexualizada, no está anidada. También me gustaba que la madre sea gorda, pero no sé si la actriz va a poder, me gustaba que sea una madre que fue reina del carnaval y que engordó, ese tipo de personas que de verdad existen. Las madres siempre son atléticas, pero las madres que tuvieron dos hijos no sé si están todas tan atléticas, por dar un ejemplo. De hecho, también dirigí la obra “Yegua”, que es sobre una lesbiana motoquera que se le rompe la moto, busca dónde guarecerse, se mete un convento y revoluciona a las monjas. Elegí una actriz gorda para ese papel y puse una yegua que era otra actriz gorda como para ver qué pasaba en una obra donde son todas gordas y una vez una directora de teatro me dijo ‘¿por qué no pusiste a alguien más sensual para hacer de tortón?’, que es Melina, el personaje principal. Yo le dije que para mí Melina es re sensual. Ahí pasa esto de la doble moral. Salen de Teatro Abierto, todo bien, pero si hay unos momentos de desnudos o situaciones eróticas, prefieren a una flaca que a Melina.

—¿Qué pensás del cupo, que ahora se usa mucho para ser políticamente correcto? Por ejemplo, en la tv o en el teatro, que son todas actrices flacas y una gorda.

—Pienso que es muy aburrido y muy duro

para esa persona que es el cupo, porque se da cuenta. A mí me ha pasado mucho también como dramaturga que, por ejemplo, hay un ciclo de dramaturgos en el Cervantes y somos ocho: siete varones y yo, como si yo fuera la representación de todo el pensamiento de las feminidades del mundo. Es un peso muy grande y en el caso del cupo gordo pasa lo mismo. No soy solo gorda, estudié, hice esto, lo otro. También lo que sucede mucho es que nos confunden porque no nos miran bien. Por ejemplo, con Karina Hernández es como si fuésemos una y ella me cuenta que le pasa lo mismo. Pienso que es porque no nos miran a la cara, porque no tenemos un pedo que ver. ☺



Por Agustín Colombo / Fotos: Agustina Salinas

Jardines del Borda: un edén para sanar

A DIEZ AÑOS DE LA BRUTAL REPRESIÓN EN ESE LUGAR, DONDE MAURICIO MACRI QUERÍA CONSTRUIR UN PROYECTO URBANÍSTICO, EL GOBIERNO DE LA CIUDAD LO SIGUE MIRANDO CON CODICIA. MIENTRAS TANTO, ENTRE LOS CIENTOS DE ÁRBOLES, LOS PACIENTES DEL HOSPITAL NEUROPSIQUIÁTRICO CAMINAN Y DISFRUTAN DE UN ESPACIO NECESARIO PARA SUS TRATAMIENTOS.



La magia está en las tonalidades verdes y en los otros colores de otoño. O en la variedad y frondosidad de sus árboles. O en el ruido de sus pájaros. O en esa sensación de quietud en el vértigo de la ciudad. La magia, por lo que fuera, está: se siente, se percibe. Detrás de ese elefante blanco que se impone desde la avenida Ramón Carrillo se esconde un remanso, tal vez el último remanso de Buenos Aires: los jardines del Hospital Borda.

Allí, todas las mañanas y todas las tardes, los pacientes caminan, hablan con compañeros, hablan solos, almuerzan, meriendan. Algunos, incluso, hacen todo eso a la vez. Cada hombre que transita por ese edén escondido persigue el mismo objetivo: buscar algo de silencio en medio del ruido interior. Es un lugar de esparcimiento y también de sanación: es, muchas veces, donde se mide la locura.

—Cuando estaba muy rayado iba a tomar mate al parque. A escuchar los pájaros. Eso me hacía muy bien —cuenta Pascual Miguel Cutelle. Él ingresó al Borda el 25 de noviembre de 1981, cuando apenas tenía 20 años. Salió en 1987. Hoy atiende la agencia familiar de quinielas y juegos de azar en el barrio de Parque Chacabuco.

Cutelle desarrolló su vocación artística en el Borda. Escribió, pintó, cinceló. Todo lo hizo con sus manos: las manos que lo salvaron. “El arte salva. Aunque lo que más salva es el amor”, enfatiza Cutelle.

Con un jogging raído y un sweater, Pablo

avanza lento sobre el túnel que forman las copas de los plátanos. Pablo vive en el Borda hace 24 años. Alguna vez hizo un croquis con la fauna y flora que habitaba este rincón de Buenos Aires.

—Vengo para relajarme, para observar la vegetación —cuenta.

Aunque después aclara:

—También vengo para caminar un poco, porque si no estoy todo el día mirando el techo y me aburro.

Muchos de los edificios que rodean a los jardines del Borda están semi abandonados. Hace un tiempo, un funcionario de la gestión porteña contaba que como cerrar un hospital tiene un alto costo político, lo que se puede hacer es dejarlos secar por dentro: desinvertir hasta que no quede nada.

El Borda siempre entró en esa lógica, en esa política de Estado porteña. Porque si bien el edificio principal está mucho mejor que hace diez años, los edificios satelitales ubicados en los jardines lucen casi en ruinas.

Esas paredes viejas y en mal estado son, muchas veces, la hoja en blanco para dibujos y escrituras. No hay murallón que no esté intervenido. En el Taller de Serigrafía, a través de un vidrio roto en la ventana, asoma, casi como una revelación, una frase que podría sintetizar todo: “El arte todo locura”. La escriben ahora algunos pacientes en papelititos diminutos que después volarán entre el verde.

No hay nadie que haya jamás escrito o pintado, esculpido y modelado, construido, inventado, a no ser para salir del infierno.

Eso se lee en la panadería, donde internos amasan y cocinan pan y pastas. Es de Artaud y está en un cartel del Frente de Artistas del Borda.

En Francia, el poeta, dramaturgo y actor francés Antonin Artaud vivió nueve años en manicomios, cuando todavía se los llamaba así. En el Borda hay muchos Artaud: muchos hombres que buscan salir de la locura a través del arte. Pablo es uno de ellos: asiste a los talleres de escritura, de expresión corporal, de plástica y de mimo.

Diez años después

Delante de la cancha de fútbol y de esa hilera de plátanos que diseñan una postal bucólica, se ven unas ruinas y un cartel que dice: “Aquí funcionó el Taller Protegido N° 19, demolido tras la brutal represión policial a manos del macrismo el 26 de abril de 2013”. Es un cartel de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) que la comisión interna del Borda acaba de poner. Es un recuerdo de una defensa: donde el entonces jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, quería hacer un “desarrollo urbano”, ahora hay internos que hablan y que posan para una foto.

Macri quería quitarle al Borda casi dos hectáreas de sus jardines para construir un Centro Cívico, uno de los tantos eufemismos que utiliza la gestión porteña para entregarle tierras públicas a constructoras. “No solo nos vinieron a decir que no les interesaba la salud mental en la Ciudad sino que quisieron apropiarse de nuestros terrenos para un negocio inmobiliario”, sintetiza la delegada Gabriela Sánchez.

Nunca pensaron que la imposición del Go-

bierno iba a encontrarse con la resistencia de trabajadores y trabajadoras de la Salud y hasta de los propios pacientes.

Diez años después, a esos jardines que la Ciudad veía como una oportunidad de negocios, muchos de sus funcionarios los llaman “espacios vacíos”. Le dicen así cuando se excusan por la falta de vigilancia ante algunos sucesos de vandalismo.

Una boca grande

“El Borda es una boca grande que te traga”, se lee en la pared de un pabellón. Aquí, los muros también hablan.

Inaugurado en octubre de 1865 con el nombre de Asilo para orates de San Buenaventura, el Borda atiende en la actualidad alrededor de 350 y 400 pacientes internados. Muchos de los que vivieron varios años en esta mole de Barracas vuelven para que los psiquiatras les provean medicamentos. Otros, para saludar, recordar o comer un asado. El hospital es una ciudad dentro de la ciudad: tiene desde farmacia hasta un centro cultural.

—Te traga porque muchos de los que están acá, si salen estarían en la calle. Acá por lo menos tienen donde dormir y algo para comer —cuenta una enfermera.

El número de pacientes en el Borda fue bajando con el tiempo. Si hace 30 años había 1100 internos y hace 10 había 700, ahora hay 400. El cambio de paradigma en la psiquiatría y la Ley de Salud Mental contribuyeron a la externación de pacientes. Sin embargo, también hay un número que permanece no por razones mentales,

sino por razones socioeconómicas.

Sin familia —o con familiares que dejan de visitarlos con el correr de los años— y con grandes dificultades de reinsertarse en el ámbito laboral, la estadía de los internos en estos hospitales de la Argentina muchas veces se hace permanente. “Hay un grupo de pacientes que no tienen vida social porque hace 20 años que viven en el hospital. Su vida social está acá”, explica Gabriela.

Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, aseguraba que “el hombre sano ama y trabaja”. Paradójicamente, muchos pacientes del Borda que están en condiciones de salir no pueden hacerlo por la discriminación social y laboral a la que se ven sometidos.

Gabriela cuenta: “Si vos salís después de tres años, vas a una entrevista laboral y decís que estuviste internado en el Borda, te puedo asegurar que no te llaman. A veces le echamos la culpa al Borda o al encierro, pero hay una sociedad que no responde”. La ley 22.431 estipula que debe haber un cupo de 4% para personas con alguna discapacidad en el empleo público. Sin embargo, los pacientes con discapacidad mental son los últimos en esa lista.

—Hay un prejuicio con la locura que yo también tenía antes de internarme—reconoce Cutelle—. En el imaginario social al loco se lo asocia con la peligrosidad, la violencia o el delito. Y es todo lo contrario. Los verdaderos locos, los psicópatas más grandes, visten trajes muy caros y son los que detentan el poder.

Otra vez el verde

Es martes y Jorge, como cada tarde, está sentado en una pilita de ladrillos sobre la cancha de

“Vengo acá para relajarme, para observar la vegetación”, cuenta Pablo, que lleva 24 años internado en el Borda

fútbol. Toma mate. La escena podría ser un cuadro de Vincent van Gogh, aquel genio holandés con trastornos mentales que utilizaba la pintura para alejar sus demonios, y también para hacer del mundo un lugar más afable que el que le tocaba vivir día a día. Van Gogh, ya lo sabemos, se suicidó a los 37 años. Ni sus lienzos icónicos lo salvaron de su tormento. Ahora, esta postal en el Borda podría ser un buen homenaje a su obra.

—Me gusta venir a acá porque es lindo. Es tranquilo —dice Jorge con voz cándida. Jorge llegó hace dos años al Borda. Cuenta que vive con su papá, pero inmediatamente después de contactarlo, aclara que “su papá no está: se murió”.

En el parque, los cigarrillos pueden ser la llave que abre una conversación trabada. Buena parte de los internos que se acercan, antes o después del saludo inicial, pide uno para comenzar a fumarlo con desesperación. En el encierro, el humo es una suerte de liberador. La Sociedad Española de Psiquiatría divulgó que los enfermos mentales son especialmente vulnerables al tabaquismo. El predominio del tabaco en ellos es dos y hasta tres veces superior que el de la población general.

Juan Carlos y Alejo son parte de ese mundo de fumadores. Son jóvenes: Juan Carlos tiene 45 y hace cinco que está en el Borda. Alejo tiene 40, dice que se quiso suicidar, estuvo internado en el Ramos Mejía y ahora quiere que lo internen acá.

—Ya no quiero estar más en la calle —dice. Alejo pita el cigarro con desesperación en uno de los asientos de los jardines. Al silencio solo lo interrumpe el ruido de los pájaros. ☺



Un aporte del campo que alimenta para bajar la inflación

LEJOS DEL FALSO REMEDIO DE "IMPORTAR ALIMENTOS" PARA DESACELERAR LOS PRECIOS, LA UNIÓN DE TRABAJADORES DE LA TIERRA (UTT) ENFATIZA EN LAS RECETAS QUE EL ESTADO SIEMPRE DESESTIMA: DESARROLLO DE MERCADOS POPULARES DE CERCANÍA; FORTALECIMIENTO DE LA PRODUCCIÓN LOCAL Y AGROECOLÓGICA PARA DESENGANCHARSE DE LOS COSTOS DOLARIZADOS; Y EL DISEÑO DE UN PROGRAMA AGRARIO BASADO EN EL ALIMENTO. EN DEFINITIVA: CONSTRUIR LA RUTA DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA Y POPULAR.

La información abundó en que tras el número de inflación de abril (8,4%), el secretario de Política Económica del Gobierno Nacional, Gabriel Rubinstein, "señaló aumentos en bienes estacionales y mencionó particularmente a las verduras, que subieron un 20,5% en el mes después de haber traccionado también los precios en marzo".

En este espinoso escenario, el funcionario no tuvo mejor idea que hacer que el Mercado Central reduzca el precio efectivo de venta al público de productos frescos (frutas, verduras, hortalizas, carnes) y productos secos no perecederos (alimentos de primera necesidad) y habilitarlo a importar alimentos con arancel cero.

"Ante la detección de distorsiones en los precios de los alimentos por parte de la Secretaría

de Comercio, por el abuso de empresas con posición dominante de mercado, el Mercado Central podrá importar en forma directa dichos productos con arancel cero, creando mayor oferta de productos sin costos de intermediación", dijeron desde Economía.

Desde la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT) cuestionaron esta decisión y la tildaron de absurda: "El mercado concentrado especulador ya le compra a precio vil a los pequeños productores. Con esta decisión, los pequeños productores quedamos en una situación sumamente compleja", explicaron.

En el Gobierno aseguran que esta decisión sirve "para romper con el abuso de precios que realizan esas empresas a la hora de abastecer estos puntos de venta de cercanía". Sin embargo, el resultado real de esta ecuación es uno bien

diferente.

En Argentina, la UTT mantiene en alza las banderas históricas de la lucha del campesinado frente al asedio del campo concentrado y el modelo de producción hegemónico. Con presencia en 20 provincias, y con más de 25 mil familias productoras de alimentos, la UTT tiende puentes y construye líneas de trabajo para transformar este modelo que enferma, genera desigualdad y egoísmo.

La organización aporta –desde hace años– dos recetas para que el Gobierno adopte: fortalecer a cooperativas y federaciones que no conciben la comida como un mero negocio; y estimular la agroecología para que las familias productoras eviten los costos dolarizados, sobre todo en un contexto en que la moneda estadounidense se pega saltos de manera periódica que incide



inevitablemente en los precios finales. Es que fortaleciendo –a través de políticas públicas– a cooperativas, federaciones y organizaciones de productores, la discusión del precio, logística y comercialización quebraría el monopolio y la concentración. "Este modelo actual es incapaz de garantizar el derecho a la alimentación de la población argentina", asegura el referente nacional de la UTT, Nahuel Levaggi, quien presidió el Mercado Central hasta marzo de este año.

Para Levaggi, un remedio –no coyuntural, sino estructural– para reducir la inflación sería que el Estado promoviera la creación de mercados de cercanía y acortara la cadena entre el productor y el consumidor. "Hay que establecer un programa agrario en base al alimento y proyección política pública para no correr siempre detrás de la zanahoria", dice.

Un programa agrario sería confeccionar un plan de abastecimiento frutihortícola o un plan de abastecimiento general. Y también invertir en ampliar la producción en los territorios para que haya más oferta y los precios tiendan a bajar.

Lamentablemente, lejos estamos de eso: la coyuntura carcome a un Gobierno –o a un Estado– que no diseña estrategias a largo plazo. Entonces, el debate público ahora es qué consecuencias traerá la importación del tomate.

¿Quieren un ejemplo para dimensionar cómo incide la concentración (y también la extranjerización) de la tierra en la producción y en el precio de los alimentos? En el cinturón hortícola santafesino, la especulación inmobiliaria atenta contra la histórica producción de tomates. Atados por contratos precarios y por relaciones desiguales, los productores y las productoras nunca saben cuánto van a durar en la tierra en la que producen.

La UTT reúne a 130 familias en las cinco bases en la ciudad de Santa Fe (Monte Vera, Campo Crespo, Chaco Chico, Paraje La Costa y Recreo), en Helvecia y otra en General Alvear, al sur de Rosario. De esas 130 familias, ninguna es propietaria de la tierra en la que trabaja y produce alimentos. Esa incertidumbre muchas veces se refleja en los volúmenes de producción. Como el mercado privado se maneja bajo la lógica de la especulación según un criterio de cantidades y de consumo en las grandes ciudades, eso termina incidiendo en el precio de cada verdulería, de cada almacén, de cada supermercado.

Este Gobierno, como el anterior, no ha hecho más que abonar ese modelo. Lo de ahora no es una solución. Es un intento desesperado que no traerá alivio, sino que empeorará una realidad que ya se torna insostenible. ☹

LA CADENA AGROALIMENTARIA Y LA DESIGUALDAD

"LA FORMA DE UN RELOJ DE ARENA"

Los datos del INDEC arrojaron un 8,4% de inflación en apenas un mes. La aceleración en los precios de los alimentos fue aún peor: 10,1%. Números que asustan y dan cuenta de una crisis y de un modelo agotado. Lo que hay detrás de esos números: hambre y una población malnutrida.

Por Marcos Filardi*

¿Qué significa una inflación cada vez más alta, cada vez más descontrolada? Significa que una parte muy importante o no come o no logra acceder a una alimentación adecuada. Es decir, se llena con lo más barato, lo más rendidor que puede conseguir en el mercado con sus magros ingresos, que es básicamente carbohidratos, grasas y azúcares.

Tenemos como resultado de esto cuerpos de clase que evidencian como nadie la desigualdad inherente a nuestra sociedad. Los famosos ricos flacos, pobres gordos, que son gordos porque justamente se llenan con lo más barato y lo más rendidor que pueden conseguir. Y ni que hablar esto en un país que tiene hoy a un 42% de su población viviendo debajo de la línea de la pobreza, un 11 por ciento de la población indigente. Eso implica que a la hora de ir al mercado, no puede acceder a una alimentación adecuada, sencillamente porque no puede pagarla.

Y la cadena agroalimentaria, a nivel global y en nuestro país está particularmente acentuada, tiene la forma de un reloj de arena. Entre los muchos productores y los muchos comensales tenemos un puñado de unos pocos actores que ejercen el mayor poder dentro de la cadena. Entonces, le pagan al productor cada vez menos por su producción, nos cobran a nosotros como comensal cada vez más por lo que nos venden para maximizar su margen de ganancia.

En este sistema, esos actores son los grandes formadores de precios, y entonces remarcan los precios una y otra vez, más allá de los costos reales, con un carácter netamente especulativo. Porque dominan el mercado y al dominar el mercado pueden imponer los precios.

*Abogado de derechos humanos y soberanía alimentaria, fundador del Museo del Hambre.

La escritura como método de supervivencia

Por Nelson Santacruz / Fotos: Yamila Aquino

MIENTRAS EN LA RURAL SE CELEBRABA LA FERIA DEL LIBRO, DOS INTEGRANTES DEL COLECTIVO "ESCRITORES VILLERES" NOS HABLARON DE LA REDACCIÓN POPULAR FUERA DE CUALQUIER STAND: LA NARRACIÓN CRUDA DE LAS VILLAS, LOS PREJUICIOS DE LA ACADEMIA Y LA NECESIDAD DE PLANTARSE POLÍTICAMENTE CON SUS PROPIAS PROSAS.

Los Piletones, en el corazón de Villa Soldati, no tiene el mismo paisaje que cualquier villa de la Ciudad de Buenos Aires. El híbrido entre los monoblocks y las casas de ladrillos cobra vida por los pastizales y los potreros que desembocan en un lago teñido de camalotales, basura, mosquitos, patos y ese verde oscuro que saluda a los visitantes con sus aguas contaminadas pero a la vez, contradictoriamente, con una costanera donde el barrio se hace uno con la naturaleza entre mates, un partidito de fútbol o la escritura de poesías.

Mientras en La Rural se celebraba la Feria del Libro, fuimos a Soldati a conocer a dos de las integrantes del Colectivo Escritores Villeres. Lejos de las marcas publicitarias o del sello de una editorial, Dina Choquetarqui y Ornella Martínez nos contaron sobre los desafíos de entenderse artistas, la narración cruda de las villas en este tiempo, el estigma que gira en los circuitos poéticos y la necesidad de plantarse políticamente con sus propias prosas. La marca de la represión estatal, la falta de trabajo y el aumento del consumo se despliegan como ejes troncales de las vivencias de las chicas, pero también la belleza cultural y literaria chorrea desde los pasillos, como un río de cuentos y versos que cada vez ocupan más espacio en la escena literaria independiente.

Hoy Escritores Villeres se expande y tiene colaboradores en diferentes villas de la Ciudad: "El espacio se fue gestando en el Centro Cultural Ni un Pibe Menos del barrio Fátima, con la propuesta de los talleres de periodismo de La Poderosa", recordó Dina. A inicios de 2018, en pleno show mediático sobre el gatillo fácil en manos del efectivo Luis Chocobar, quien fue felicitado por Mauricio Macri tras asesinar

a un adolescente, la temática retumbó en los pibes del barrio. Ese caso, de diciembre de 2017, fue uno de los puntapiés para problematizar la narrativa de los medios sobre la represión policial hacia los cuerpos empobrecidos. Ornella se sinceró al explicarnos sus inicios: "¡No sabíamos por dónde empezar ni con qué nos íbamos a encontrar en la escritura! Era difícil para nosotras vernos como artistas, pero todo creció gracias al boca en boca. Uno de los primeros lugares donde nos convocaron fue en el Palais de Glace". Así, de la mano de ese mismo tejido, sus relatos se hilvanaron con propuestas del colectivo Identidad Marrón hasta llegar a participar de un documental de Canal Encuentro. Un proceso nada fácil.

—¿Cómo toma el circuito de la poesía la idea de un colectivo de escritoras villeras?

—Dina: Hay un sector progresista que nos legitima un poco más pero siempre con un condimento de lo carencial, ¿no? Tratamos de ir contra eso pero también tomamos las herramientas que esos círculos ofrecen. Muchas veces, en el barrio, notamos que nuestro futuro es ser albañil, empleada doméstica o comerciante y tus viejos tienen ese sueño que seas arquitecta, médica o abogada para "ascender socialmente". No se ve como un trabajo ser artista, vivir de la escritura o la música. Es decir, nos cuesta valorarnos a nosotras mismas, es un doble trabajo. Además, no hay referentes claros. Siempre nombramos al escritor y director de cine César González, pero la lista nos queda hasta ahí. Es porque muchas veces quie-

nes sí prosperan en la academia o la literatura no toman la identidad villera como bandera, a pesar de sus raíces.

El gambeteo de Ornella

Los 24 años de "Orne" no vienen solos. Su infancia fue sellada por esa bocha que vio girar en los potreros de Villa Soldati, por esa niña que decidió jugar con los varones porque le fascinaba gambetear, por esos padres que no dejaban de laburar, por ese centro cultural "Construyendo Sueños" donde agarró su primer libro y por esa vez que al leer respondió: "¡No entiendo ni una mierda!". En esos rincones comunitarios lleno de actividades para las infancias, ella malabareaba con los pies y con las manos: deportes, manualidades, huertas, panadería y esos libros lejanos que pronto despertarían su interés. Hoy sus letras corren como sus piernas en el "Sacachispas" donde entrena, será por eso mismo que su palabra favorita es "fútbol".

—¿Desde dónde escriben?

—Orne: La situación económica del barrio, con la inflación de este momento, empeoró todo. ¡No se dan una idea! Acá nos la rebuscamos vendiendo en la feria ropa usada, por ejemplo. Desde ahí escribimos. Desde que hay que tener tres laburos porque no alcanza con uno, desde esos alquileres que rondan los quince o veinte mil pesos y que si tenés chicos no te alquilan y también desde ver la cantidad de gente que hay en la calle.

—¿Qué te preocupa de eso, Orne?



—Que el consumo de drogas creció una banda. Me parece que para que los pibes se rescaten tienen que crear y acompañar más los centros culturales, se tiene que trabajar realmente con los pibes. Que haya gente por acá mostrándoles otros caminos, no solo mandar policías.

Entre las changas que le salen, las poesías que escupen sus dedos y los apuntes para estudiar, Orne busca inspiración en la orgullosa bibliografía de Ioshua, Walter Lezcano, El Freud de la Villa e Inés Púrpura: "Escribo y seguiré escribiendo porque me hace bien, me divierte. En la escritura encontré una herramienta para el barrio, contra los discursos de odio que hay. Si sos de un medio te digo vení... tomémonos unos mates y vas a ver lo diferentes que somos a cómo lo dice la tele".

Dina y su ancestralidad

Choquetarqui tiene ascendencia aymara. A sus 23 años Dina lo sabe, lo siente, lo transmite y lo milita tanto como su propia marronitud. Desde ahí narra, desde ahí explica cómo llegó con seis años escapando con su familia de la crisis económica de Bolivia, allá por 2005. Huyendo de las escuelas de la Guerra del Agua y la Guerra del Gas (epicentro de grandes protestas sociales en Bolivia similares al 2001 de Argentina), Dina conoció Los Piletones como nunca antes: "Dejé el primer grado a la mitad y me vine, fue chocante pasar por toda la urbanidad de Buenos Aires para llegar al barrio. En ese momento esto parecía un desierto, mi mentalidad de niña lo asociaba a esos lugares abandonados de las películas de EEUU, con sus casas muy chiquitas". Era el

inicio, sin que lo supiera, de una vida trazada por muchas preguntas.

—¿Qué se escribe sobre ustedes?

—Dina: La verdad, falta mucho por desarmar. Se escucha lo negativo, como siempre, o lo lindo pero como parte de la meritocracia. En realidad siento que hay un montón de gente que está tratando de encontrarse en nuestros barrios con eso más artístico, pero eso nunca se refleja en la tele. Antes en los medios era mucho más violenta la forma de descripción, pero ahora encuentran el modo de seguir haciéndolo.

—¿Cómo conviven con las contradicciones políticas al momento de redactar?

—Es difícil porque, como decís, hay muchas contradicciones en el barrio. Orne marcaba lo del consumo de drogas y es cierto, las historias son muy fuertes. Por ejemplo, lo último que me atravesó, fue que un chico mató a una señora al robarle. Yo sé que ese pibe atrás tiene un montón de negligencia por parte del Estado, entiendo esa realidad y duele, pero también entiendo que la vecina que mató era madre. Todo me lleva a preguntarme qué hacen los gobiernos, porque este caso está muy unido al consumo. Yo escribo desde el desglose y el análisis de estas realidades y contradicciones también.

—¿Tienen lugar en la Feria del Libro?

—No nos convocan a vender ni un fanzine. Veo puestos que llevan muchos años allí y no puedo evitar asociarlo como un lugar elitista, porque además los libros están muy caros. No creo que nos llamen, la verdad, pero eso no nos bajonea a la hora de soñar un libro propio. Nosotras no escribimos ficción, sino lo

que vemos y nos pasa. Además, creo que es una buena forma de dejar algo en el barrio, un documento artístico con nuestras palabras.

Las letras de Camila Sosa Villada, en Dina, dan un empujón literario como tantos otros artistas de las palabras que siguen gritando por estos territorios castigados. Entre el caos y la belleza de este lago en Los Piletones, Dina explicó que su palabra favorita es "resistencia", por la historia migratoria de su familia y por ser nieta de indígenas aymara: "Resistir, resistencia, resistiendo para estar". Este 28 de mayo, en el Centro Cultural Kirchner, Escritores Villeres sigue su camino a puro recitado, para contagiar la magia de estos relatos que apenas son un ejemplo en el universo literario villero. Esa biblioteca sin estantes, esas páginas sin hojas, estos renglones sin tinta, se resumen a sí mismos, en la mirada de Ornella y Dina y en el "escribo porque existo".

—¿Cómo quieren cerrar esta nota?

—Dina: Diciendo que "villeres" porque queremos abarcar todas las identidades. Desde las vecinas lesbianas, travestis, trans y personas no binarias. Ahí encontramos otro potencial, en nuestras historias. No vengo de una familia con plata, con papás intelectuales o con un capital cultural grande, vengo de esto, del barrio.

—Orne: Lo mismo. Ser escritora villera es tener una identidad. Mi mamá es ama de casa, mi papá albañil, y no están visibilizados. La escritura me dice que pertenezco acá, al barrio, que tengo voz, que estoy viva. ☺



Argentina Presidencia

Ministerio de
Obras Públicas

Finalizamos
+3.200
obras
en todo el país

mapainversiones.
obraspublicas.gob.ar

Detrás de ese dato
mejoramos las condiciones
de vida de millones de
argentinas y argentinos.



primero
la gente

Hotel Montreal: otro ejemplo del déficit habitacional porteño

Cuarenta y seis familias con 28 chicos pueden quedar en la calle si el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires concreta el desalojo que tiene previsto en el Hotel Montreal de Constitución. Lxs inquilinx exigen una vivienda digna. La historia de una gran estafa a quienes más sufren el deterioro económico y social.

Por Estefanía Santoro

La Ciudad de Buenos Aires está llena de hoteles familiares. Construcciones muy antiguas y edificios precarios que nadie mantiene. El Hotel Montreal se resiste a ese abandono. Allí el mantenimiento lo hacen las familias, como pueden y con lo que tienen. Muchas familias comparten baño y cocina, son pocas las habitaciones que tienen baño privado. Los mecheros que offician de hornallas no tienen perillas. La grifería de las duchas no existe, alguien las robó y los dueños nunca las repusieron, las personas se bañan con el chorro de agua que sale directamente del caño y los inodoros suelen perder agua. Para ir a la cocina en invierno lxs inquilinx se abrigan como si fueran a salir a la calle porque al lado de las hornallas hay una ventana que tiene uno de los vidrios rotos por donde ingresa el frío.

Los dueños, Miguel y Alejandro Sproviero, hace años que dejaron de hacerse cargo de los

arreglos, y sin embargo siguen cobrando sumas altísimas por una pieza en la que apenas entra una cama de dos plazas y una mesita para dos, pero es habitada por una familia entera de cuatro o cinco miembros. Actualmente tiene un orden de desalojo por una deuda de ABL de más de 30 años. Y, si se concreta, quedarán en la calle 46 familias con 28 chicos menores de edad.

En el Montreal conviven personas cuya economía se sostiene con trabajos precarizados, changas diarias y alguna ayuda social, ningún inquilinx cuenta con un trabajo formal. Son personas que llegaron de otras provincias del país en busca de una oportunidad laboral y migrantes de Paraguay, Perú y Senegal.

La encargada de cobrar los alquileres es Miriam Estela Ecurra, quien durante todo este tiempo ocultó todas las notificaciones de desalojo que envió por correo el Ministerio Público Fiscal para que las familias no se enteren y sigan pagando los 25 mil pesos o más por

una pieza chica, llena de humedad, con cocina y baño compartido.

El secreto se terminó cuando una inquilina encontró -de casualidad- una de esas notificaciones. Ahí se enteraron que el hotel tiene un orden de desalojo inminente y sin prórroga planificada para el 24 de mayo. También se anoticiaron que el inmueble tiene una deuda muy alta que los dueños no pagan hace años, aunque nunca dejaron de cobrar el alquiler a cada una de las personas que lo habitan.

¿La solución que propone el Gobierno de la Ciudad? Lo explica Mariela: "Solo nos ofrece un subsidio habitacional, pero eso no resuelve el problema de fondo. Lo que queremos es una vivienda digna. No queremos que el Estado nos regale plata, queremos un techo para nuestros hijos. Estamos dispuestos a pagar una cuota mensual por mes por una vivienda digna porque siempre nos la rebuscamos de cualquier forma para pagar".

[t](#) [i](#) [t](#) [f](#) /gcba

buenosaires.gob.ar/Dengue

Juntos podemos
prevenir el dengue.

Vaciá y cepillá los recipientes
que acumulen agua.



Más información

BA Buenos
Aires
Ciudad

EL PODER DE UN PUEBLO

DOCE JURADOS ENCONTRARON CULPABLES A CUATRO POLICÍAS DE LA BONAERENSE: A DOS DE MATAR Y A OTROS DOS DE INTENTO DE HOMICIDIO. A CUATRO AÑOS DE LO QUE SE CONOCE COMO “LA MASACRE DE SAN MIGUEL DEL MONTE”, FAMILIARES, AMIGXS, VECINXS Y LA ÚNICA SOBREVIVIENTE SINTIERON ALGO DE ALIVIO: LA JUSTICIA POR LA QUE TANTO LUCHARON, FINALMENTE LLEGÓ.

Por Ana Aliberti / Fotos: Agustina Salinas

El veredicto está programado para las 23.30, pero a las 20.45 avisan que el jurado ya tomó una decisión. Rápido, se agolpan en la escalera la prensa, abogadxs, organizaciones de Derechos Humanos y familiares y suben frenéticamente por la entrada de calle 8 para encontrar un lugar en la pequeña sala A, donde la jueza Carolina Crispiani que dirige el debate leerá lo que los 12 integrantes del jurado acordaron.

Susana, la mamá de Gonzalo Domínguez, sube los escalones con dificultad. Lara, que tiene 18, la edad que tendría su hijo, se apura para ayudarla. Ella y una amiga la sostienen de un brazo cada una, el cuerpo de Susana no da más. Lleva once horas de espera, nueve días de juicio, cuatro años de duelo. Sobre la recta final, Lara la mira a los ojos:

--Quedan solo dos escalones, Susana.

Lara recuerda que lo dijo “pensando en todo”: “Estábamos a dos segundos de que se acabara”. Ella esperó la sentencia en la calle, y recuerda cómo la tensión subía desde el asfalto: “Se decidía todo ahí, una lucha de años, cómo íbamos a vivir a partir de ese momento”.

El veredicto encontró culpables de homicidio al capitán Rubén Alberto García y al oficial Leandro Ecilape, agravado por abuso de la función pública y calificado por el uso de armas de fuego, y de tentativa de homicidio a Mariano Ibañez y Manuel Monreal. Sin embargo, hay 19 policías más que enfrentarán cargos por encubrimiento agravado, falsedad ideológica de instrumento público, incumplimiento y violación de los deberes de funcionario público, y/o abuso de autoridad. Existe un tercer expediente --también por encubrimiento-- contra la ex intendenta Sandra Marcela Mayol, actual presidenta del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y referente del Frente Renovador, que se intentó archivar; situación que fue apelada por la Comisión Provincial por la Memoria, representante como particular damnificado de algunas de las familias de las víctimas.

La noche de la Masacre

La Masacre de San Miguel del Monte ocurrió en la madrugada del lunes 20 de mayo de 2019, pero la historia comenzó la noche del domingo. Aníbal salió de un asado familiar en lo del tío, manejó a la casa, volvió porque se había olvidado el documento, volvió a salir. En el camino se encontró con Danilo y Gonzalo, que a pesar de la diferencia de edades y de que Aníbal había llegado hacía unos meses nomás de Misiones, se habían hecho amigos. Los invitó a pasear. Cuando pasaron por la plaza, las vieron a Rocío y a Camila. Les dijeron de dar una vuelta en auto, las chicas aceptaron. Rocío, la única sobreviviente, contó en su testimonio que “de la nada” un patrullero comenzó a perseguirlxs. Aníbal maniobró para escapar: la policía ya le había pedido en otra oportunidad una coima de cuatro mil pesos, algo así como ocho mil pesos de hoy. La persecución duró 3 kilómetros, y terminó con el 147 partido al medio por chocar contra un camión estacionado en la colectora de la ruta 3.

Esa noche, Ecilape y García iban en el patrullero que inició la persecución; y

fue este último el que disparó al menos cuatro veces contra el vehículo en el que viajaban lxs adolescentes y el joven de 22 años. A bordo de otro patrullero, Ibañez y Monreal improvisaron un cerrojo. Durante el debate, Monreal reconoció que había disparado sin que estuviera en riesgo su integridad o la de otras personas.

Un pueblo que clama por Justicia

La cuadra de Tribunales está cortada desde las 9 am. Un micro escolar naranja sorte la valla y estaciona. Trae a cuarenta y seis montensxs que hicieron una vaquita para viajar los 101 kilómetros hasta La Plata y asistir este martes a la última jornada del juicio. Otrxs quince arribaron en un una combi, gestionada con la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia.

Cacho Usuna es uno de ellxs. Es albañil y perdió los dos últimos días de laburo para estar presente. Vino con Raúl, titiritero e integrante de la agrupación social Cultura Viva. “El día que sucedió todo --dice Raúl, refiriéndose a la Masacre-- volvíamos de un viaje. Recuerdo que Cacho dijo: ‘tenemos que salir a hacer algo’. Hicieron una vaquita con un grupo de vecinxs y compraron los bombos para formar lo que ahora en el pueblo llaman “la murga”, pero que ellos aclaran: “Tocamos solamente en las marchas, para reclamar justicia por lxs pibxs”.

Cacho cuenta que él estuvo desde el primer momento, también por una cuestión de cercanía. Vive a media cuadra de la casa de Danilo y cuando le llegó la noticia del “choque”, se acercó a ver en qué podía ayudar. De a poco, el rumor del pueblo comenzó a desconfiar de la versión oficial, todo el mundo hablaba de que había “algo más” pero nadie sabía bien qué era.

“Muchas veces se dice ‘pueblo chico, infierno grande’”, reflexiona Clara. Es montense y tiene 23, pero vive desde los 18 en La Plata. “Algo de esa cultura de que la información circule y pase por boca de todos, sirvió. Alguien escuchó las balas, otro fue a buscar los casquillos, otro pudo contar lo de las cámaras”, dice a este medio. Y explica también que Monte es un pueblo ideológicamente dividido, “con mucha grieta, pero por primera vez y por un hecho tan doloroso, nos unimos. Como compañerxs, como mostensxs, como personas que queremos justicia”.

El festejo, si se puede llamar así, duró hasta pasada la madrugada. Lara se quedó todo lo que pudo, cuando ya no le daba más el cuerpo saludó unx por unx y se despidió, hasta el sábado. Se cumplirán cuatro años de la Masacre y como todos los 20 de mayo el pueblo organiza una jornada cultural en conmemoración, con música en vivo y olla popular. “Se va a vivir un clima muy distinto, estoy esperando poder bailar con la gente, celebrarlo de alguna manera. No van a faltar las lágrimas, pero estas van a tener otro sabor. Seremos un pueblo que baila festejando que por fin lxs chicxs descansan en paz”. ✪

Cobertura colaborativa junto a Perycia.

